

alocución del elegido

Celebramos hoy, Reverendos Padres, la fiesta de Nuestra Señora de la Strada. Esta Madre y Reina de la Compañía de Jesús nos señalará el "camino hacia Dios" que es nuestro verdadero camino.

Al comenzar esta primera alocución, las primeras palabras que nos vienen espontáneamente a los labios son aquellas del Profeta: "¡A, a, a, Señor Dios! He aquí que no sé hablar. Estas palabras indican bien el sentimiento de pequeñez que me llena. Sin embargo, es evidente que la voluntad de Dios así lo ha querido; y esto es ciertamente mi único consuelo; esto solamente levanta mi ánimo. "No temas... puesto que estoy contigo". Dios, que por medio de vosotros me ha elegido, me dará la gracia con la que pueda llevar a término esta monumental tarea que puseo en mis débiles manos. Nunca había sentido tan íntimamente aquel aviso del Señor: "sin Mí nada podéis hacer" y aquel dicho del Apóstol "si alguien piensa que es algo, siendo nada, él mismo se engaña". Pero a la vez, viendo que la elección es de Dios, pienso que debo decir con toda humildad aquello del mismo Apóstol Pablo: "todo lo puedo en Aquel que me conforta". Y también de fortaleza a mi ánimo la sentencia del Señor. "Yo le mostraré cuánto conviene que padezca por mi nombre".

Por lo tanto, esto me propondré en adelante: cumplir con la mayor exactitud la voluntad de Dios que me será declarada o por el Sumo Pontífice o por esta Congregación General. Procuraré ser siervo y ejecutor fiel de todas aquellas cosas que la Congregación juzgue que se debe determinar: "Habla Señor, porque tu siervo escucha".

Comenzamos hoy la labor de la segunda parte de la Congregación, o sea, la discusión de los problemas. La tarea en cualquier Congregación General es de gran importancia; pero en la nuestra tiene mucha más trascendencia por los tiempos y circunstancias en que nos hemos reunido. No juzgo necesario amplificar esta idea puesto que todos vosotros estáis bien persuadidos a ello. Teniendo que seguir el ejemplo de la Iglesia en el Concilio Ecuménico, debemos proponernos los problemas con gran sinceridad y con toda gravedad. Nos encontramos en un tiempo histórico de transición; y en toda transición todas las cosas parecen estar en movimiento, "panta rei", con todos los peligros que de ello se siguen. Por ello es menester examinar detenidamente y discernir cada uno de los elementos de los problemas, para que podamos descubrir en ellos qué cosas son permanentes y cuáles transitorias. Debemos tener gran sinceridad, objetividad, con las que juzguemos los asuntos con principios sobrenaturales, perspicacia, con las que procuremos también prever el futuro, y finalmente, gran fortaleza de ánimo, para poder llevar todas estas cosas a un feliz término que nos parezcan necesarias u oportunas para la mayor gloria de Dios.

Esta exige de nosotros una doble consideración: una extrínseca y otra intrínseca.

En primer término debemos proponernos el problema de la Compañía de Jesús en este momento histórico para discernir su condición presente y poder ver si con el tiempo, algunos de sus elementos imperceptiblemente han sufrido algún cambio y han tomado aquella forma histórica que por los cambios de las condiciones externas del mundo, deben ser acomodadas a las circunstancias actuales. Esto nos debe inducir a un profundo estudio de la Compañía de Jesús, a considerar sus elementos esenciales e inmutables; para que habiéndolos conocido bien, podamos después investigar cómo se debe adaptar a los tiempos actuales. ¿Es cierto que la Compañía de Jesús ha perdido su movilidad? ¿Es cierto que la Compañía de Jesús ha perdido su actualidad? ¿Es cierto que la Compañía de Jesús se haya en una crisis de obediencia con todas sus consecuencias? ¿Es cierto que el naturalismo que cada día invade más al mundo también se ha metido en nuestras comunidades?

La otra consideración es extrínseca: debemos considerar la imagen del mundo y de la Iglesia en los tiempos actuales. El problema fundamental al cual no se responde fácilmente es el siguiente: ¿cuál es la función de la Compañía de Jesús en la actual condición del mundo y de la Iglesia? ¿Qué orientación, qué labor exige la mayor

gloria de Dios de parte nuestra? ¿O, para decirlo en otras palabras, qué hubiera hecho en nuestros tiempos San Ignacio? ¿Cómo hubiera llevado a la práctica sus principios? Todos estos problemas debemos afrontarlos con sinceridad y abertura y con ánimo fuerte para encontrar la solución.

Ciertamente pienso que si comparamos nuestros tiempos con los de San Ignacio, encontraremos que hay progresos, para bien y para mal. Quiero decir lo siguiente: que el progreso tanto en la doctrina como en vida espiritual exige que el jesuita alcance un grado espiritualmente más elevado. Tenor de vida espiritual, ya sea sacerdotal, ya sea de los laicos, que se ha elevado notablemente; esto exige de nosotros mayor altura espiritual y mayor formación que la exigida en el siglo XVI.

Por otra parte, el mal también ha hecho sus progresos: la guerra que ahora se prepara aun contra la misma noción de Dios, es mucho más acerva que la que se hacía en tiempos de San Ignacio. Lo cual significa que si no queremos abandonar nuestro puesto, debemos ser más ignacianos que al mismo San Ignacio, en cierto modo, puesto que debemos llevar los principios hasta sus últimas conclusiones.

Por ello, para que la Compañía de Jesús se acomode a las condiciones de nuestros tiempos, primero tenemos que someterla a un examen; para que podamos penetrar más profundamente en los principios ignacianos y libremos a la misma Compañía de Jesús de todo aquello que pueda ocasionar una rémora a una labor más eficaz de la misma.

De este modo conoceremos cuáles son los fines de nuestra labor, por cuál camino podremos llegar y también qué nos es necesario. Esta fuerza, en primer término, es sobrenatural; lo cual sin embargo, nos induce a utilizar también las modernas técnicas y organizaciones humanas, de una manera plena y eficaz, según la regla del "tanto cuanto".

De este modo obtendremos un fruto de gran importancia: el que podamos mostrar a nuestros jóvenes la imagen de una Compañía de Jesús nueva. Esto no lo podemos negar, lo cual hemos experimentado tratando con nuestros estudiantes y sacerdotes: que les falta el ardor, el entusiasmo y la confianza en la propia vocación, de modo que no pocas veces les oímos decir: "no quiero aconsejarles a los que estudian que entren en la Compañía de Jesús. "Palabras ciertamente muy dolorosas.

No hay duda que para promover ese ardor y esa confianza en la vocación, que son tan necesarios en nuestra vida, tene-

mos que salir al encuentro de las exigencias de los jóvenes; las cuales, además, son exigencias de nuestro tiempo. Leed los postulados de algunas Provincias, especialmente aquellos que han sido rechazados, y más aún, los que ni siquiera han llegado a la sala de la Congregación Provincial; los cuales nos han llegado, unos como postulados privados, otros por medio de una relación o memorandum. Veréis espiritual y anímico de nuestra juventud. No miréis el modo de proponer el asunto, que a veces se desvía demasiado. Mirad aquello que intentan decir y encontraréis que con un modo, que ciertamente ha de ser reprobado, latén aspiraciones que han de ser plenamente aprobadas o que al menos mueven el ánimo a reflexión.

Este es el grávísimo trabajo de nuestra Congregación: encontrar todo o bueno que en tantas exposiciones y petiriones de nuestros jóvenes se encuentran; lanzar esa fuerza, ese vigor. Esto es completamente necesario. Pues se trata de una ley biológica o social a la que no podemos resistir a no ser que queramos permitir la total destrucción de las cosas. Esta debe ser nuestra preocupación: que habiendo liberado esa fuerza de sus elementos espúreos y conservando toda su potencia íntegra, la canalicamos. Si podemos insertar esa fuerza en una sana tradición, obtendremos una simbiosis de la que se seguirán copiosos frutos.

Afrontamos por lo tanto los problemas seria y sinceramente. No nos olvidemos que vivimos un tiempo de transición histórica, que en este aspecto es muy similar al que vivió San Ignacio. Que él nos enseñe con qué fortaleza de ánimo, con qué libertad de espíritu, debemos pensar la misión de la Compañía de Jesús: por una parte, ciertamente, tomando aquellos elementos que debemos aprobar; por otra, rechazando diligentemente los elementos que parezcan ser perniciosos. No nos olvidemos de esto: que así como ahora la Historia juzga los hechos del siglo XVI, del mismo modo la posteridad juzgará también nuestros hechos y determinaciones, y sobre todo, que estos tendrán efectos gravísimos en la futura Compañía de Jesús, con las consecuencias que se seguirán para la salvación eterna de las almas. Procuremos por lo tanto conocer bien qué significa "militar bajo la bandera de la Cruz" y cómo debemos cumplir esta norma de nuestra vida en las condiciones concretas del siglo XX.

Esta es la gracia que le pedimos hoy a Nuestra Señora de la Strada; y para que recibamos esta gracia más allá de lo que podemos esperar, quisiera renovar hoy, en la bendición con el Santísimo Sacramento, la Consagración de la Compañía al Sagrado Corazón de Jesús.